

REVISTA
DE
CIENCIAS ECONÓMICAS

PUBLICACIÓN MENSUAL

DEL
Centro Estudiantes de Ciencias Económicas.

DIRECTOR:
ROBERTO GUIDI

AÑO II

NÚM. 21-22

MAR. Y ABR. DE 1915



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
1835 - CALLE CHARCAS - 1835
BUENOS AIRES

NOTAS MARGINALES

SOLIDARIDAD AMERICANA.

Alrededor del panamericanismo se ha dicho y escrito mucho, y en cada habitante de América palpita, indudablemente, el deseo de una confraternidad indefinida, como base de un desenvolvimiento civilizador progresivo y fecundo.

Plausible el deseo, mejor la propaganda que en pro de la idea se hace, de todos los ámbitos surgen voces de aliento y congratulación; a través de montañas, ríos y mares, las frases de mutua alabanza llenan el ambiente, y pueblos y gobiernos se tributan honores. Desgraciadamente, ocurre en esto lo que en cierta capilla del culto católico. La imagen de la virgen tenía el vestido manchado y el párroco, en la imposibilidad de procurarle uno nuevo para cierta festividad, colocó debajo de ella un pebetero y quemó incienso durante toda la función.

Así estamos nosotros, los americanos, saturados de incienso y olvidando las manchas del vestido. Queremos decir que hasta hoy no se ha insinuado una sola idea concreta para llegar a la realización práctica de las ideas panamericanistas.

Creemos que se camina por vías extraviadas para la consecución de fines por todos anhelados, porque estamos aferrados a ideas antiguas, a prácticas viciosas, muchas de ellas en contradicción con los verdaderos intereses de los pueblos que se trata de solidarizar.

Entre los individuos que no están apremiados por las necesidades fácilmente se establece la comunidad de ideas;

por eso vemos que los intelectuales tienen relaciones personales en diferentes naciones, puesto que el intercambio de ideas los ha acercado. Pero también sabemos que esas relaciones influyen muy poco en los destinos de los pueblos, y ello se comprende fácilmente, desde que los pueblos se rigen de acuerdo con sus intereses.

Cultivar relaciones internacionales por medio de normas privadas, de relaciones individuales, puede considerarse como un resabio de las antiguas prácticas monárquicas, en que los soberanos para nada consultaban la voluntad del pueblo.

Es necesario, pues, cambiar de ruta. La base de las relaciones amistosas entre los pueblos está en la economía política. La aplicación de las leyes económicas, de acuerdo con la naturaleza del suelo y la posición geográfica de cada región, es la verdadera piedra de toque para la armonía internacional.

La aplicación anticientífica de los impuestos aduaneros es la sola causa del contrabando que en ciertas regiones está organizado en tal forma que es imposible extirparlo. ¿Por qué sucede esto? Porque, a pesar de todo el incienso de que hablamos al principio, las fronteras permanecen cerradas para el extranjero. Fácil es comprender que los habitantes de una región, separados por sólo una línea divisoria, no vean con agrado el tener que pagar caro un artículo cuando sus vecinos lo pagan barato. Esto no pinta sino débilmente lo que en realidad ocurre; para que el contrabandista y sus encubridores expongan hasta la vida para librarse de los derechos de aduana, es necesario que los beneficios sean pingües. Este hecho dice elocuentemente cuánta actividad se ve estancada a causa de los errores económicos de la organización fiscal.

Estas someras reflexiones ponen en evidencia lo necesario que es apartarse de la trillada senda seguida hasta hoy en las relaciones internacionales.

La patria no se hace ni cimenta con palabras sino con hechos. Si anhelamos, para felicidad de todos, la patria americana, propiciemos su desarrollo, no por medio del contacto personal de los hombres de gobierno, que son los menos, sino consultando el interés de los individuos que forman la mayoría de las naciones.

Así lo ha hecho la conferencia financiera reunida ac-

tualmente en Washington, acogiendo el proyecto por el cual se suprimen en toda América los derechos aduaneros para los artículos de primera necesidad.

TEORÍAS...

León Tolstoi opinaba que los servicios resultantes de la labor puramente intelectual no debían ser retribuidos, ya que sólo eran debidos a un esfuerzo realizado por puro placer.

En el fondo, el filósofo tenía razón, y, de practicarse su teoría, sería sorprendente la perfección que se operara en la obra intelectual del género humano, a la vez que se incorporaría una verdadera legión de individuos a la mano de obra, al trabajo físico.

Es indudable que el número de *celebridades* sería menor, pero también es cierto que el renombre sería conquistado por méritos de positivo valor. Veríamos la escena des poblada de tanto mercenario intelectual como existe hoy, de tantos autores cuyos libros sólo son catálogos disimulados, de tantos prosistas y poetas de prestado, todos ellos escapados seguramente de su verdadero lugar: el taller o el campo.

La teoría de Tolstoi resuelve la de Marx: «trabajo calificado y no calificado».

H. M.